

# PRIMAVERA MORTAL



---

Lema: Luna de Pascua

Hacía tiempo que no escuchaba el trino de la curruca, que no veía volar a la oropéndola entre las encinas, que no sentía la presencia cercana de la cauta abubilla. Hacía tiempo que no observaba el brote de las lilas, que no veía la soledad de una gota de agua sobre la madre selva expansiva, que no contemplaba la secuencia algodonosa del diente de león. De pronto, la vida silvestre ha cobrado una nueva dimensión en esta primavera mortal.

Hay un fuerte repunte en el número de fallecidos por covid19. He llamado a mi amigo Julio y no me contesta. Mal asunto. La mayoría de mis amigos tiene más de setenta años. Yo mismo estoy en esa edad, en la edad de una generación que nació poco después de la guerra civil y vivió la posguerra con mayor o menor fortuna. Somos una generación tan sufridora como afortunada. Hemos vivido mejor que nuestros padres, hemos levantado un país en ruinas y hemos contribuido al asentamiento de una democracia estable. Pero también hemos dejado a nuestros nietos un mundo peor que el que recibimos nosotros y nuestros hijos. Hemos tensionado al planeta hasta su asfixia. Y el planeta nos responde con sequías, inundaciones y pandemias.

Tampoco me contesta Inés, la gran Inés que se echó el feminismo a la espalda cuando el machismo rampante lo calificaba como una aberración en el orden natural. Sé que Inés contrajo el covid19 en la manifestación del día mundial de la mujer. Y sé que entró en el hospital con neumonía. Sé también que Inés tiene una afección cardíaca que puede complicar aún más su estado.

Hacía tiempo que no veía el brote de los ciruelos, la aparición progresiva de flores que envuelven las tortuosas ramas como un vestido de novia. Después, cuando el suelo se llena de pétalos blancos, quedan en los árboles las diminutas drupas de un color verde intenso. La primavera acaba de dejar una promesa que irá tomando cuerpo con los días, con las semanas, con los meses, hasta que la maduración deje en los frutos una tenue capa de pruina con olores que explotan en la nariz.

He vuelto a llamar a Julio y no me contesta. Habíamos quedado el lunes de pascua para asistir al recital poético de un amigo común. Hoy es martes santo. El año pasado, Julio y yo dimos un recital poético en el Cafetín Croché de San Lorenzo de El Escorial. Lo hicimos a modo de diálogo, alternando los poemas. La poesía de Julio es distópica. La mía es sensorial.

Ahora estoy escribiendo con rutina. Son las once de la mañana. Escucho la radio de fondo que habla de más infectados, de más muertos, de pocas altas en los hospitales. Las ucis han entrado en colapso y los sanitarios luchan denodadamente contra no se sabe quién. Los medios de comunicación transmiten un clima de tristeza y pesimismo. Hace dos meses que me vine al campo para escribir una novela. Y sigo aquí. He interrumpido la novela. El ambiente claustrofóbico que veo en la televisión me impide continuarla. Pero no puedo dejar de escribir. Y he decidido hacer un diario del confinamiento.

Me acaba de llamar mi amigo Fernando Méndez para decirme que Julio ha muerto. Fernando es el poeta que tenía previsto dar un recital el lunes de pascua. Julio era también poeta, un poeta escueto, severo, con un sentimiento trágico de la poesía. Toda su obra era una cadena de anticipaciones a lo que finalmente ha acabado por llegar. Seguramente Julio estaba contabilizado entre los muertos que decía ayer la radio.

Hacía tiempo que no escuchaba las esquilas del ganado en su andar cansino hacia el aprisco. Balan y ladran los sonidos en la dehesa vencida hacia la tarde. El silencio aparente de la nada, con su tenue verdín de cara norte, extiende los murmullos superpuestos de mil copulaciones. La lluvia pertinaz de feromonas, el choque de la cuerna descornada, el pódium de la fuerza embravecida. Una niebla bajera, inconsistente, corta por su mitad a las encinas. El ocaso se anuncia en su arrebol y responden a coro los mastines. La noche pondrá fin al arrebato. Y la luz será leche de la luna.

La gran Inés ha muerto. Me acaba de llamar una exministra, Lola, para comunicármelo. Me explica que comenzó a tener síntomas unos días después de la manifestación del ocho de marzo. Cuando la llevaban al hospital en una ambulancia dijo que las demás estarían también contagiadas. -¿Quiénes

son las demás?-, preguntaron los sanitarios. Las demás eran algunas ministras del gobierno y muchas compañeras del movimiento feminista. Dijo también que la manifestación tenía que celebrarse a pesar del riesgo. Y que las mujeres no pueden ser víctimas de una excusa para limitar sus derechos. Dijo también Inés que, en aquel momento, nadie tenía claro el alcance de la epidemia, ni siquiera la Organización Mundial de la Salud. Cuando Lola colgó el teléfono se me desplomaron los brazos. Y entré en un largo debate conmigo mismo sobre si esa manifestación debió celebrarse o debió haberse prohibido.

La radio emite un panorama aterrador. Se disparan los fallecimientos y se colapsan las morgues, aumentan exponencialmente las personas infectadas, se improvisan hospitales, los sanitarios están extenuados y diezmados... La gente aplaude emocionada a los sanitarios desde los balcones. Y los políticos no dan tregua en su lenguaje de odio.

Hoy es jueves santo. Anoche, una luna bellísima se desplazaba hacia el oeste bajo un silencio estruendoso. La mañana es lluviosa y el pesimismo sigue en fase creciente. Yo escribo una especie de diario que intenta contraponer el drama de la pandemia con imágenes de la naturaleza en pleno estallido de la primavera. Es lo que veo a mi alrededor.

Miro a través de una ventana de mi casa y veo caer la lluvia mansamente. Imagino a una niña durante el confinamiento en una gran ciudad. Y escribo esto:

Llora el sauce llorón, lógicamente. La catalpa se viste de paraguas. Brilla el álamo blanco en la alternancia del haz con el envés. Sacude el gorrión sus alas pardas. Lamen los canalones el asfalto. Mira la niña desde la ventana.

La fluidez salpica los zapatos. Huele a tierra mojada sin la tierra que soñaron las lluvias torrenciales. El arco iris corona un horizonte inerte de farolas apagadas. Titila el gris profundo. Silba el viento. Mira la niña desde la ventana.

La mañana es la tarde. Al fin, la noche enciende las farolas lagrimadas. La luna está en un charco. Calla el viento. Mira la niña desde la ventana.

Huyen las nubes en el claro de luna, despavoridas, rotas, desangradas. El silencio es un ruido, todo es nada. Un visillo sin rostro espera al alba. Duerme la niña. Sueña la ventana.

Me llegan malas noticias de Ramón y su esposa Carmen. Han muerto los dos por coronavirus en una residencia de Madrid. Mi amigo Ramón no supo encajar la jubilación y entró progresivamente en una cadencia depresiva. Yo los visité hace tres meses. Y encontré a Ramón con la mirada perdida. Me impresionó el olor de la residencia. Era como una mezcla de formol con diferentes productos indeterminados. Y me impresionó aún más el tráfico de sillas de ruedas por los pasillos con ancianos que tenían la cabeza desplomada, como si ya no les perteneciera. Tuve claro que estas residencias, bajo la gestión de gobiernos liberales, no son más que morideros. A la salida, una campana estaba tocando a muerto. Busco entre mis notas un soneto que escribí esa misma tarde, al llegar a mi casa:

## **VIEJOS**

¿La residencia?, bien... Algo inhumana...

Desayuno en batín, almuerzo en bata,

merienda en ataúd, cena en postdata

al toque funeral de una campana.

¿La residencia?, bien... Por la ventana

entra la soledad, desnuda, ingrata,

un soplo despiadado que remata

con la inclemencia de una cerbatana.

La residencia es sólo el eufemismo  
de un velo que no deja ver la mueca  
descomunal de un cuerpo descosido.

La realidad es menos de sí mismo  
y más de la vejez, roída, enteca.  
Y todo de la muerte y el olvido.

Hacía mucho tiempo que no miraba atentamente a las golondrinas. Acaban de llegar en su viaje trashumante al lugar donde me encuentro. Y ya están revoloteando los charcos que deja la lluvia de abril. Picotean el barro y se lo llevan a los aleros para hacer nidos o para reparar los que habitaron el pasado año. Cuando tengan todas las pellas a punto comenzarán a reproducirse, a poner huevos, a incubarlos y a cuidar de sus crías. Me detengo muy particularmente en el lenguaje de las golondrinas cuando están posadas en los alambres del teléfono. Se preguntan, se responden y emprenden a veces un largo soliloquio que las demás escuchan con atención. No tengo duda de que hablan sobre sus vivencias diarias, sobre su captura de insectos y su vuelo rasante en las piscinas para tomar un buchito de agua. Hablan también de sus nidos, con un repiqueteo prolongado de los picos cuando terminan la frase. Al final del verano, con sus crías ya volanderas, se posan todas las familias cercanas en el mismo alambre. Y hablan de la preparación de su viaje de regreso a tierras cálidas. Preguntas, respuestas y enseñanzas. Nada diferente a la sabiduría.

Llamo a mi amigo Manuel Gómez de Parada y no me contesta. Mal asunto, me digo, recordando la experiencia con mi amigo Julio. A las pocas horas me escribe Teresa, su mujer. Me comenta que los dos contrajeron el virus en una comida de amigos. Algunos acaban de morir. Dice que ella está

relativamente bien, guardando cuarentena en su casa, pero que Manuel tuvo que ser ingresado en una uci con neumonía. Lleva un mes sedado.

Hacía mucho tiempo que no volaba a mi infancia. Y ahora lo he hecho con mis héroes del cinemascopio, aquellos que hacían que mi sombra cobrara diferentes personajes después de haber visto una película. El mundo ya no es mundo sin los héroes, sin los iconos de la pubertad que nos pusieron gesto de malote, nos cambiaron la voz y la mirada y hasta el modo de andar. ¿Se puede ya vivir sin nuestros héroes cuando la vida eterna es tan fugaz? Cambiad, cambiad las caras de los ídolos por cromos de verdad. Cambiad a Gary Cooper por un negro de negra negritud, negro integral. Cambiad a Marlon Brando por un joven tasado a la canal. Cambiad a Bogart por un padre en el paro. A Marilyn por una madre de verdad, de las que no concilian. ¿Conciliar?: /trabajo / niños / casa/ más, más, más... Héroes de carne y hueso, sin doblaje, sin celuloide, sin trampa, sin cartón, con el rímel corrido por las lágrimas y el pelo encanecido por el tiempo y las patas de gallo agigantadas por un millón de rictus de amargura.

Hoy es viernes santo. Me escribe Teresa para decirme que Manuel Gómez de Parada ha mejorado su cuadro pulmonar. Sigue en la uci. Aún no puede mover las extremidades, pero está consciente, absolutamente lúcido, y conoce por sus nombres a todo el personal sanitario que le está atendiendo. Teresa concluye con que hay que seguir rezando.

Hoy ha vuelto a llover, en medio de una fuerte tormenta. Estoy en mi ventana, fascinado por los truenos que marcaron mi infancia. Achato mi nariz en los cristales batidos por la lluvia. Silba el viento. Las yemas de mis dedos rectifican la gravedad incierta de las gotas. Mis ojos ven torrentes. Y mi boca, mi boca estupefacta, es como un beso lanzado al universo cristalino. Un horizonte de perfil incierto se pierde en el encuentro con la nada. El vaho de mi aliento empaña el frío en una vaharada inconsistente. Tapa el aliento blanco los caminos de las gotas confusas. Y se vuelve opaca la mirada. Las huellas tortuosas de mis yemas surcan en el cristal una besana conceptual de surcos alineados. Todo se esquematiza en un instante. Todo se simplifica en el descenso elemental y grávido del agua.

Vaga la torrentera por los cauces de mil gravitaciones transversales. El viento racheado marca el rumbo a las gotas dolientes. Y el silbido destruye en cada instante la estructura del sueño paralelo. Sin pensarlo, la débil realidad escenifica un paisaje de lupas fragmentadas. Ya cedió la tormenta. Los cristales son la radiografía del alboroto que precede al silencio de un orgasmo. El viento ya no silba. Y la besana, surcada con la fe de un labrantío, es sólo un campo yermo. Las estrellas muestran pleno día su irrelevancia. Y esperan mansamente a que el ocaso, fundido en arrebol con las tinieblas, les devuelva su luz. Un alarde de sol a contratiempo incide nuevamente en los cristales y desnuda la núbil transparencia de millares de gotas refractadas. El viento es ya caricia. Huele a ozono. Se aleja la tormenta. Y los truenos, lejos de sus chasquidos verticales, rezongan vagamente en lontananza. Despego mi nariz de los cristales y vuelvo a la estructura del silencio. Las yemas de mis dedos son diez huevos desprovistos del halo de la clara.

Son las diez de la noche del viernes santo. Me llama mi amiga Virginia para interesarse por mi salud. Le digo que estoy bien. Y se echa a llorar. Dice que su novia ha roto con ella después de tres años de convivencia. Lloro desconsoladamente porque dice que no tiene derecho a llorar en medio de la tragedia del covid19. Y con la voz entrecortada me dice que es tiempo para pensar. Yo le digo que también es tiempo para llorar. Y añado que me parece una crueldad acabar una relación en estas circunstancias. Tras un largo silencio, Virginia dice que me cuide. Yo le digo que siga llorando sin pudor.

Sigo escribiendo mi diario en esta primavera mortal. La luna del viernes santo está oculta por las nubes. Tal vez a media noche pueda verla correr precipitadamente tras una nube fugitiva. Recuerdo que la semana santa ha sido una época de amor durante toda mi adolescencia. Y se me hace un nudo en la garganta. Pienso que lo peor de la luna es cuando pasa por el desierto de las mariposas que volaron ayer sobre tu vientre. Lo peor de la luna es cuando hiere, cuando sucede al sol en el quebranto de un triste atardecer, cuando claudica la desmemoria activa tras el último rayo del ocaso. Y emergen los recuerdos machacados y surgen las imágenes lechosas y vuelven los fantasmas del pasado en otro plenilunio, así, de golpe, cuando la luna exhibe, obscenamente, su plato desvaído por el tiempo; la

vez aquella de un beso adolescente y un corazón a punta de navaja con otro corazón sobrecogido, flechados a la vez en la corteza de un álamo del parque. Lo peor de la luna es cuando pasa, como una exhalación, tras los jirones de alguna nube negra, fugitiva, aplastando mi sombra contra el suelo, mi sombra negra sobre el suelo estéril, mi sombra esquivando sobre la arenisca que se bebió la sangre de las viejas peleas.

Es sábado santo. El gobierno habla del pico de una curva que se intenta aplanar. Y los partidos de la oposición se burlan de los gráficos. Me parece una obscenidad lo que está ocurriendo en la política durante esta enorme catástrofe planetaria.

Me llegan noticias regulares de mi amigo Manuel Gómez de Parada. Teresa, su mujer, dice que ha perdido toda la masa muscular. Aún no puede respirar por sí mismo. Manuel es un hombre de convicciones cristianas, altamente solidario. Va a cumplir ochenta años y trabaja como voluntario en Amnistía Internacional. Yo admiro profundamente a Manuel por sus valores humanísticos. Y él también me admira, pero por algo tan menor como es el oficio de escribir.

Ha pasado la semana santa. Las películas de romanos me permiten detenerme en la figura de Jesús de Nazaret; la entrada en Jerusalén, el prendimiento, la subida al monte Calvario, la crucifixión, las mujeres... ¡Ay!, las mujeres, esas mujeres de negro que acompañaron a Jesús y vieron cómo se taponaba su tumba con una roca. Ellas crearon el mito de la resurrección. Jesús las había visibilizado, las había convertido en seres sociales. Estas mujeres no podían seguir viviendo sin Jesús. Y lo resucitaron cuando vieron que su tumba estaba vacía, después de que los romanos retiraran la roca y se lo llevaran para evitar que se convirtiera en un santuario.

Me escribe mi amiga Mónica, una andaluza joven que trabaja en Madrid como científica. Me dice que contrajo el covid19 y que estuvo quince días pensando que iba a morir. Asegura que la salvó su médico de cabecera, por teléfono, desde Granada. Ella es la reina de la onomatopeya. Habla siempre con exclamaciones incomprensibles y escribe siempre con palabras inventadas. En el "asunto" del correo electrónico ha puesto ¡CAGONTÓ!

Ha salido la flor de la jara. El encinar está salpicado de pétalos blancos con círculos marrones sobre un fondo amarillo, como un primoroso bordado. El olor embriaga la caída de la tarde, impregnado por una savia pegajosa que lo envuelve todo. Pienso en un poema que escribí en otra primavera:

Apártate de las flores. / Su color te atrapa, / su olor te embriaga, / su brevedad te mata.

Y eso hago, apartar la mirada de las flores para ponerla en el horizonte donde las encinas se funden con las nubes de un azul acerado. Hago recapitulación de los últimos meses en soledad. Y pienso en mi familia, confinada lejos de mí en una gran ciudad con diferentes condiciones de espacio físico.

Las noticias generales no van a peor. Baja el número de contagiados, baja algo el número de fallecidos y sube el número de curados. El gobierno ha vuelto a prorrogar el estado de alarma por cuarta vez. En el horizonte se habla de flexibilizar las medidas de un modo progresivo y diferenciado por territorios. De momento, los niños podrán salir a la calle.

Los niños... Ay los niños. Hablo todos los días con la pequeña Luna. Ella se inventa un cuento en el que los dos somos protagonistas. Me asigna un personaje y no admite que yo pretenda salirme de él. Ella improvisa el guion. Tanto lo improvisa que se ve obligada a repetir diez veces “pero, pero, pero, pero...” para hilar mentalmente una nueva escena. La pequeña Luna tiene un carácter endiablado. Ayer la obligó su padre a concluir el cuento en el que estaba enredada conmigo y estampó el teléfono contra el suelo.

El director del centro de coordinación de alertas, Fernando Simón, vuelve a las ruedas de prensa después de haber pasado el coronavirus. Vuelve visiblemente desmejorado. Y yo diría que visiblemente entristecido. Sin nada que lo justifique, se ha convertido en el centro de los ataques por parte de algunos sectores de la política. Dicen que miente sobre el número de fallecidos por la epidemia. Eso me hace suponer que alguien quiere más muertos, muchos más muertos, a fin de sumarlos a la vez con los votos.

Hoy es domingo, veinticuatro de mayo. Me ponen al pequeño Zapín por videollamada. Apenas articula algunas palabras a sus dos años, pero toca su guitarra de juguete con la misma pericia de una estrella del rock si nos fijamos en sus gesticulaciones y en el movimiento de sus piernas. Dos de sus tíos son músicos y se pasa el día viendo videos de sus conciertos. Uno de sus tíos dice que no descarta que, dentro de veinte años, el niño vaya a tocar con él en su banda de rock and roll.

El mes de mayo ha entrado en la dehesa con prodigalidad. Todo el campo es una alfombra verde que en poco tiempo se agostará. Ya está cayendo el sol a plomo. Y la alfombra agostada se convertirá en una mecha fatal para los incendios forestales. Hoy abandono mi reclusión en la casa a la que me vine hace tres meses para escribir una novela. Ahora entiendo por qué la tuve que interrumpir durante el confinamiento del covid19. Sentía una claustrofobia añadida por su trama sobre la sexualidad en un convento de monjas de clausura.

Vuelvo a la gran ciudad con una extrañeza de jamás había sentido. Y constato que lo que llaman nueva normalidad no es otra cosa que más pesimismo, más pobreza y más odio. Las mascarillas nos han robado la sonrisa.